Medios continuos y nuevo paradigma

POR **BERNARDO DÍAZ NOSTY**

La trayectoria de las tres décadas de *Telos* refleja, como pocas publicaciones en lengua española, el cambio vivido en nuestro entorno mediático cultural. En primer lugar, por el hecho ya excepcional de acreditar treinta años de vida, pero también por haber realizado, de forma continuada, la auscultación crítica de una realidad cambiante, donde la novedad tecnológica ha demandado ir más allá del presente y explorar las tendencias de futuro.

En 1985, en el ámbito concreto de los medios, la informatización estaba llegando a los diarios, la radio emitía fundamentalmente en Onda Media y a los dos únicos canales de televisión (TVE), se unían las señales autonómicas de País Vasco y Cataluña. Pero había debate. La literatura sobre las tecnologías emergentes advertía un nuevo horizonte para los medios en un futuro próximo.

Esas miradas prospectivas no eran, sin embargo, capaces de advertir la aceleración de los cambios que se producirían algunos años después. Las primeras experiencias de la telemática, término entonces de moda, no inquietaban a la industria. Las realidades nacionales primaban en la definición de los territorios mediáticos, por lo que era difícil advertir la convergencia de escenarios y, aún más, la propia de los medios.

En el entorno de *Telos* y de Fundesco (Fundación para el Desarrollo Social de las Comunicaciones) se formó un núcleo de pensamiento interdisciplinar que ejerció un papel fundamental en la recepción en España de las corrientes externas, que ya, en sus argumentos y propuestas de innovación, empezaban a mostrar la marca inequívoca de lo global.

En 1989 caía el muro de Berlín y dos años después, el vicepresidente estadounidense Al Gore abría a la circulación pública las ‘autopistas inteligentes de la información’. Había en estos hechos algo más que dos expresiones de la política internacional, ya que se daba en ambas una fuerte carga simbólica que aceleraría los argumentos de la globalización.
La mayoría de los analistas entendieron que comenzaba una nueva era, en la que se

Fundación Telefónica
Telefónica

modificaban las referencias espacio-temporales, tan determinantes en la construcción cultural del mundo contemporáneo. Algo que daría argumentos a quienes hablaban del fin de la Historia, la posmodernidad y otras percepciones posibilistas favorecidas por el proceso de centralidad tecnológica. Eran también los albores de Internet, como punto de excitación de visiones optimistas que parecían trazar un antes y un después de la explosión digital. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos atemperaron una visión y nuevos muros, incluidos los digitales, se alzaron desde la óptica de la seguridad, recuperándose, con otros protagonistas, la filosofía de la polarización geopolítica.

Entre la expansión y la crisis

Sin negar la importancia propositiva de la idea de sociedad en red, las décadas que han marcado su desarrollo no se han correspondido, en el ámbito de las expresiones mediático-culturales, con un florecimiento creativo, un fortalecimiento del espacio público de debate o, simplemente, la verificación de las promesas posibilistas que alumbraron el despertar de este período. Tal vez hemos asistido al nacimiento de un paradigma incompleto, apoyado más en la seducción de la técnica y la apropiación mercantil de sus usos sociales que en la propia construcción social como requisito necesario de todo cambio de paradigma.

En este sentido, las tres décadas que se recorren sucintamente en estas líneas, de las que los cien números de *Telos* hacen una crónica amplia y excepcional, denotan una progresiva pérdida de credibilidad de los medios hasta caer, como revelan en EEUU las encuestas Gallup, a los valores históricos más bajos, donde solo una minoría les atribuye rasgos de confianza. No obstante, relacionar el progreso tecnológico con la crisis de credibilidad, sin más, sería un error, porque se trata de un fenómeno unido de forma inseparable a la crisis institucional y argumental de las expresiones del poder político y económico.
La tecnología y, aún más, la idea fundacional de la sociedad del conocimiento, actúan como los catalizadores silenciosos de otro cambio más profundo en las formas de pensar, interactuar y gobernar. Y ahí puede radicar la respuesta al paradigma incompleto, es decir, el complemento que reinserta en las extensiones tecnológicas la matriz social.

De lo periódico a lo continuo

En las tres últimas décadas se ha ampliado enormemente el escenario de los medios en sus vertientes de información y espectáculo, aunque ha sido este último el que, desde la perspectiva de la industria, ha contaminado la naturaleza sensible de la información, en la medida que esta última está relacionada con el espacio público, la pluralidad, la transparencia y la libertad de expresión. De ahí, tal vez, la pérdida de credibilidad del periodismo como institución.

Al margen de estas cuestiones, que son centrales en la vitalidad de los medios, estos se han transformado en dos variables básicas, como son el espacio y el tiempo, que afectan a la producción y la difusión de los contenidos.

El caso de la prensa diaria ilustra mejor que ningún otro medio ese cambio. La dimensión espacial, que condicionaba la distribución de un soporte de naturaleza física -esto es, su

Fundación Telefónica

territorio- ha desaparecido en el digital, de modo que la entrada de una información en la Red permite una recepción ubicua de alcance global. Y esa ubicuidad está determinada, lógicamente, por la instantaneidad de su difusión.

El cambio de estas variables cuestiona incluso la periodicidad como marca temporal de reposición o actualización de la información, en la medida que la propia naturaleza de los nuevos usos tecnológicos genera el flujo del presente continuo, el estar pasando… La envolvente dinámica del acontecer -el *continuum* emisor, los medios continuos- se corresponde también con la recepción continua, con la conexión e interacción permanente, con soluciones que afectan al individuo y a su dimensión social y, en muchos casos, escapan al propio control social y a su encaje democrático.

Acceso a la información, transparencia, privacidad, derecho a la propia imagen, propiedad intelectual, capacidad de respuesta, impunidad, inviolabilidad de la correspondencia, seguridad personal, etc., son elementos sensibles que pivotan en torno a soluciones donde la moda tecnológica y la dinámica comercial se anticipan, en ciclos de vigencia muy cortos pero progresivos, a la más lenta respuesta de las lecturas críticas y a la acción de las instituciones sociales.

La excepción democrática de la información

Dentro del conjunto de las expresiones mediático-culturales y de la actividad industrial cabe distinguir -por su naturaleza especial y por constituir un nutriente de la opinión pública y de la pluralidad- el papel de los contenidos informativos comúnmente entendidos como periodísticos, es decir, la información de actualidad. Porque es en ese espacio, cada vez más integrado en contenedores-espectáculo, donde se pierde la credibilidad, se adulteran las formas constructivas que garantizan el derecho a la información y la transparencia. Un plano cuya degradación está relacionada con la opacidad y la desinformación, con el alejamiento de los referentes éticos que vinculan el periodismo a la democracia. De ahí la necesidad de establecer mecanismos que garanticen la excepción democrática de la información, en la medida que contribuye a configurar respuestas en el ámbito público y que, por consiguiente, está inserta en el marco general de las libertades.

Este desiderátum democrático parece presidir las formulaciones de transparencia que impulsan la construcción de un nuevo paradigma social, en el que las debilidades que hoy describen una crisis sistémica denotan la ausencia de ética, cuando esta es la condición necesaria para el restablecimiento del equilibrio y la formulación de un nuevo contrato social.

La construcción de un nuevo paradigma

En los últimos treinta años podemos encontrar planos diferenciados en la secuencia temporal, si bien cabría definirlos en su conjunto bajo el paraguas común de la nueva cultura tecnológica. Esa es, muy probablemente, la circunstancia que alumbró el nacimiento de *Telos*.

¿En qué consiste dicha cultura? En la asunción de la tecnología como una variable del cambio social, de modo que la construcción narrativa de la historia debería contar desde ese momento

Fundación Telefónica
Telefónica

con mucha más intensidad que en el pasado, con la dinámica que introducen las soluciones técnicas de naturaleza obsolescente, a las que se mitifica con la adjetivación continua y consecutiva de nuevas.

No parece aconsejable, pues, mirar hacia el futuro -pongamos otros treinta años en la perspectiva- sin entender que el catalizador tecnológico seguirá modificando los usos sociales, las prácticas mediático-culturales, las relaciones de poder, la seguridad, etc. ¿O es que en 2045 se acordará alguien de nuestro Twitter o de la alta definición de imagen en la tableta con pantalla de retina…? De ahí la dificultad y la importancia de la acción prospectiva, muchas veces eclipsada por la seducción del presente y la complacencia del discurso admirativo.

La prospectiva advierte con claridad de que nada o casi nada de lo que configura el actual escenario de los medios y de las expresiones de comunicación nacidas en la sociedad en red tiene garantía de estabilidad y permanencia. Más allá de la lógica continuidad del ser social en sus proyecciones utópicas y desiderátums, parece cierto que la tecnología seguirá mostrando soluciones que, cada vez con mayor capacidad, envolverán al individuo y orientarán sus prácticas sociales. Una línea evolutiva que, sin embargo, debe encontrar nuevos acomodos en forma de consenso, rescate del espacio público y delimitación de las interferencias del mercado en el plano de las libertades públicas.

La dialéctica que hace posible los cambios de paradigma, y determina eras y épocas históricas diferenciadas, despliega una tensión entre lo viejo y lo nuevo que hasta el momento parece mucho más definida en el plano propositivo del desarrollo tecnológico. La innovación social y el reflejo de los mecanismos de soberanía sobre la construcción del futuro permanecen más atenuados, de ahí esa idea de paradigma incompleto.

La solución de esa tensión dialéctica puede definirse en dos escenarios tendenciales, expuestos aquí en términos polarizados. Una sociedad apoyada en un progreso de la ciencia y de la técnica que mire a través del imperio de la transparencia y, por consiguiente, sea más interactiva, democrática y plural; o una sociedad donde la apelación a la eficiencia tecnológica se apropie del espacio público y las libertades individuales, en aras de una mayor seguridad global, amplíe las zonas de opacidad y acentúe, en definitiva, el discurso hegemónico; es decir, el viejo paradigma. Es de suponer, no obstante, que los desajustes de la aceleración tecnológica de los últimos treinta años queden resueltos en los treinta venideros.

Una reflexión coral

Estas observaciones ponen marco a los excelentes apuntes que en este apartado de *Comunicación social y TIC* hacen tres mujeres integrantes del Consejo de la revista.

Magis Iglesias plantea una apelación directa al rescate del periodismo como necesidad ética de una sociedad más democrática y justa, donde el foco profesional responsable, ajeno a los tambores del sensacionalismo y el espectáculo, ponga luz a la degradación corrupta que se ampara en la opacidad. Reivindicación que corrobora la profesora Diezhandino en sus ‘atisbos de esperanza’ como, asimismo, plantea Rosalía Llovet con un simbólico ‘regreso al futuro’, que, paradójicamente, recuerda un periodismo explicativo que está en la esencia fundacional del

Fundación Telefónica
Telefónica

periodismo sin adjetivaciones, del periodismo que contribuye a disolver la incertidumbre y hacer más libres a las audiencias.

Magis Iglesias advierte de los riesgos de magnificar aspectos virales de una realidad mediocre, que no da respuesta a la pérdida de credibilidad de los medios y se ancla en la complacencia admirativa de la seducción tecnológica. Diezhandino indaga, precisamente, en esas vías que desde los escenarios anglosajones dicen que hay futuro para el periodismo, lo mismo que la profesora Lloret, quien, en su regreso al futuro se encuentra con C. P. Scott, cuya huella ética no ha abandonado el hoy adelantado *The Guardian*, cuando hace un siglo escribía: «La opinión es libre, pero los hechos son sagrados».

Tal vez, para intuir alguna de las claves de futuro, en el largo plazo de los próximos treinta años, sea aconsejable identificar la vigencia de los valores que permanecen, de las constantes éticas, que hoy, al menos como desiderátum, se instalan en las propuestas de un nuevo paradigma.

Fundación Telefónica
Telefónica